

UN PROCESO

Erase un hombre de férreo rostro, alma blanca, noble continente y acerado carácter. Odiaba lo malo, todo lo malo; amaba lo bueno, todo lo bueno. Sentía y vivía la verdad, en toda su pureza; tenía el valor del enamoramiento del bien, y no temía a la lógica, porque era superior a la concupiscencia.

El hombre de alma blanca y rostro férreo, era padre de un hijo, y en él hubiera querido depositar íntegro el patrimonio de sus convicciones; pero la esposa y madre, cuidó de falsear la doméstica disciplina, porque le pareció que no convenía llevar *tan lejos* los rigores paternos.

La intransigencia paterna, contrabalanceada por la materna tolerancia, no pudo dar todo su fruto.

El hijo resultó... *buen hijo*, más no del templo de su padre. Que si en el hogar doméstico del padre jamás pudo penetrar un solo libro, un solo periódico, una sola costumbre anticristiana; en el hogar del hijo, entraron novelas, obras heterodoxas, periódicos liberales, modas extranjeras. Eso sí, todo ello muy *correcto, muy discretamente*: con la cautela vergonzante del que conoce el mal, lo teme para los demás, pero no tiene valor para arrostrar las privaciones personales.

Era el padre un católico intransigente; la madre una buena señora, pero no tan «exagerada»; el hijo, gracias a la segundía y despecho del primero resultó un católico «tolerante».

Pero el hijo tuvo esposa; y el nuevo matrimonio nuevos hijos. Ella no creyó del caso andarse en antiguallas de modas y de costumbres, porque eran «cursis» ciertas exageraciones de los «papás». Él no tenía que poner reparos, ya que los tiempos «son de tolerancia». Los hijos, atisbando lo que «papá» leía, no pensaron deber ser menos; y sin cautela alguna, se entregaron a todo pasto inmoral, «porque en el día conviene saberlo todo»...

Y como hallaban estos «nietos» que daba muy poco de sí militar en los partidos de la intransigencia, preparadas sus almas para toda transacción, no dudaron en afiliarse al partido conservador, que al fin y al cabo, les pareció «honrado y decente».

Vino un día en que las pícaras exigencias de la política les obligaron a poner su alma en sucios juegos de política y ¡qué hacen! ¡estos tiempos son tan distintos! ¡Si papá, o abuelito lo viera!

Pero los jóvenes consortes necesitaban vestir bien, comer mejor y frecuentar la alta sociedad... El soborno, el cohecho, las falsías ¡que asco! Más ¿qué hacer?

Al fin los viejos no supieron vivir... ¡Oh! la amplitud de espíritu de la época moderna... ¡La libertad!

Dejemos la parábola y pasemos a la historia.

El proceso de corrupción fué siempre el mismo: de la intransigencia a la tolerancia, de ésta a la libertad, de la libertad, a la anarquía.

Del siglo XVII al XVIII, del XVIII al XIX, del XIX al XX.

De Felipe II a Carlos III, de éste a Espartero, de Espartero a un ministerio liberal pupilo del republicanismo.

De la monarquía católica a la constitución de Cádiz, al sufragio universal, y del sufragio a una república vergonzante.

De Nocedal a Ortí y Lara, de Ortí a Silveira, de Silveira a cualquier secuestrado de Lerroux.

Del arte moral a «un cierto verismo» del verismo al realismo, del realismo a la pornografía.

De lo gótico a lo plateresco, de lo plateresco a lo desnudo, de lo desnudo a la prostitución de la línea.

De Fray Angélico a Rafael, de Rafael al Ticiano, de Ticiano a cualquier pintor de meretrices.

De Zuñiga a Descartes, de Descartes a Hobbes, de Hobbes a Voltaire, Diderot, Renan, Condorcet.

Del dogmatismo a la «crítica atrevida» de ésta al libre examen del ateísmo.

De la ortodoxia al modernismo, del modernismo al panteísmo, del panteísmo al paganismo.

De Sócrates a Zenón, de Zenón a Pyrrho, de Pyrrho a Epicuro.

De la intransigencia a la tolerancia, de la tolerancia a la libertad, de la libertad al libertinaje.

El tránsito primero es el tránsito libre; es el empujón a la piedra. Los restantes son fatales; es la piedra rodando al abismo.

PLINIO.

Fracaso de la República portuguesa

Que la desgraciada *republicuilla* ha fracasado completamente, no hemos de decirlo nosotros; basta reproducir algunos párrafos de un artículo que Machado Santos ha publicado en «O Intransigente»:

«Y nosotros, los republicanos, dice el articulista, incluyéndonos en ese número, aunque nunca nos hayamos asociado a los hechos que siempre hemos criticado, hemos hecho tantas tonterías en política y en administración, no hablando de otro que son mucho peores, y por ello la autoridad moral que hubiéramos conquistado por el acto revolucionario, desapareció, no siendo posible reconquistarla con opresiones y tiranías.

La fiebre con que hemos procurado

compensaciones a los sufrimientos pasados hizo bajar los créditos adquiridos, con la agravante de no haber nadie tenido el menor escrúpulo en beneficiar a parientes y amigos de un dudoso republicanismo, al par que apatadas echábamos viejos compañeros en la lucha que podían presentar brillantes hojas de servicio.

No hemos hecho balance de la fortuna pública, y en un delirio de arreglar cada uno sus pandillas, hemos aumentado los gastos y disminuído los ingresos, teniéndonos sin cuidado las doctrinas económicas y políticas que pregonábamos en la oposición.

No hemos respetado las creencias de nadie, y así pusimos contra nosotros nueve décimas partes del país.

A martillazos hemos querido destruir todo lo pasado, injuriándolo además, sin pensar que con este procedimiento provocamos la revuelta y sin poder, con nuestros dictámenes, llenar el vacío que hacíamos para el porvenir. Y para sancionar las locuras de nueve meses de una dictadura sin orientación, hicimos una ley electoral, innoble porquería, que ni siquiera tiene el sentido común de aprovechar la que había dejado la monarquía, y así holgaría la acusación de que nosotros habíamos fabricado nuestros mismos diputados.

Habiéndonos olvidado asegurar para nosotros el Poder judicial, redujimos a un andrajo la independencia de ese Poder, sin recordar que así autorizábamos al extranjero a dudar, más tarde, de nuestros jueces en la aplicación de nuestras propias leyes.

Todo lo que queda dicho es suficiente ya. Huelga decir más para probar que no tenemos autoridad moral para hacer una política de represión. Errores como los que hemos apuntado justifican todas las revueltas, sean de los monárquicos, sean de los mismos republicanos o sindicalistas. Hasta las mismas piedras de las calles se podrán revolver justificadamente ante la miseria y la desolación que hay en Portugal.

A ESPAÑA EN 1913

Soy yo, adorada patria, amada España. él que quiere rendirte su homenaje por tu heroico luchar en la campaña contra un pueblo fanático y salvaje.

Eres mi pensamiento; eres mi idea; eres el argumento que concibo; y eres el santo amor que me marea y hace, al fin, que no sepa lo que escribo.

Yo quisiera decirte muchas cosas por amor, gratitud y patriotismo; mas tienes poesías tan hermosas... ¿Para qué repetirte yo lo mismo?

Dijéronte poetas renombrados, poetas que nacieron en tus lares,

que el sol no se ponía en tus reinados y que fuiste la reina de los mares.

Cantóse la hermosa de tu suelo, por la fauna y la flora, bien cantada; y al ver que siempre es limpio tu azul cielo, llámósete belleza consumada.

Si pienso que mi amor para tí es poco, en tu frente ideal pongo mi beso, que el beso es juramento de amor loco y tu amor es delicia, es mi embeleso.

Ya ves, gloriosa España, me extasio recordando el amor con que te adoro. Tú me arrobas el arma, y me sonrío por el mismo cariño por que lloro.

Yo que ahora quisiera bien cantarte, abrumado de ideas nada digo; mas esto no te importe, sé adorararte, y cual madre querida te bendigo.

No basta mi canción para tu gloria ni basta la canción del mejor vate: las páginas floridas de tu historia se escriben con la sangre del combate.

La ciencia y el saber de Europa entera a la jarka la llevas en tu espada.

Hoy te llama enemiga, pero espera, que mañana serás su madre amada.

Pero eres mucha madre, porque lloras la sangre de la vida de un soldado.

No llores patria mía ¡Cuánto adoras al que está a tu bandera arrodillado!

Fuiste madre de América salvaje y lo eres hoy que está civilizada, aguanta con paciencia hoy el ultraje de la jarka rifeña descastada.

Coronas a tus héroes en tu historia cuando mueren por tí en ruda campaña, y ellos desde otro mundo allá en la gloria aún te siguen diciendo «¡Viva España!»

Si eres patria de amor que amas al mundo y al mundo civilizas cariñosa, en tu suelo tan fértil y fecundo, que una gota de sangre es una rosa.

Y tu hermosa bandera roja y gualda, la que el viento acaricia zalamero, siempre supo enseñar que por la espalda nunca debe atacar ningún guerrero.

Y, por eso, ahora canto tu nobleza; y, por eso, ahora canto tu heroísmo, No ya como español, con mi franqueza; pues siempre yo cantaré esto mismo.

En tu suelo mi cuna fué mecida y en tu suelo la infancia la he dejado; en tu suelo hallaré esposa querida: para ser español me han educado.

En fin, patria querida, ya no sigo; pues quiero que tu nombre canten ecos y sepan que cual madre te bendigo como madre de América y Marruecos.

BENITO HERNANDEZ

Los beneficiarios de la guerra

Si caer en el pesimismo aterrador de «Juan de Aragón», sin acordarnos de que los territorios que disfrutamos en Marruecos valen mucho menos que la provincia de Badajoz, una provincia de suelo ingrato, cuyo subsuelo ya tiene ano y que sin embargo nos cuesta ríos de sangre y un millón de pesetas por kilómetro cuadrado al año; sin asomarnos a este género de consideraciones que achican el corazón hasta reducirlo al tamaño de una lenteja, hablaremos de uno de los aspectos de la guerra, que todavía no ha sido estudiado con el debido detenimiento.

Y podemos hacerlo con gran conocimiento de causa. Hoy almorzó el cro-